

DESMONTANDO A PANDORA LA REESCRITURA DE UN MITO

Alejandro Hernández Pérez
Universida de La Laguna (ULL)

*A mi madre, quien ha sido siempre mi utopía
A Isabel Castells, mi isla, mi cofre mítico
A María, por ser sinceramente ella
Y a mi familia del CMSA*

RESUMEN

El presente artículo pretende ahondar en el famoso mito de «La caja de Pandora», relato que tiene su origen en el mundo clásico griego y que ha llegado a nuestros días. Sin embargo, si se lleva a cabo una relectura del mismo — desde sus orígenes— se puede deducir que este ha sido leído de forma equívoca por los autores que lo han abordado con posterioridad. Y, en este sentido, nosotros proponemos hacer una relectura del mito, intentando desechar el tono machista que siempre lo ha acompañado cuando, en realidad, ¿debe ser vista Pandora como la primera mujer del mundo griego que liberó todos los males sobre el universo terrenal conocido?

Palabras clave:

Pandora, mito, relectura, caja, males, libertad

ABSTRACT

The following paper aims to study the famous myth of «The Box of Pandora» (Pandora's Box). This classic story originated in Ancient Greek times, and has prevailed to our present day. However, a re-reading of it, taking into account its origins, can allow us to fathom that it has been read erroneously by authors who have studied it in the past. What's more, we propose to re-read the myth aiming to cast aside the sexist perspective that it has always carried. Should Pandora, indeed, be seen as the first woman in ancient Greek times to have set all evil free on the World?

Key words:

box, evils, freedom, myth, Pandora, re-reading

No myth is more familiar than that of Pandora, none perhaps has been so completely misunderstood. Pandora is the first woman, the beautiful mischief: she opens the forbidden box, out comes every evil that flesh is heir to; hope only remains. The box of Pandora is proverbial, and that is the more remarkable as she never had a box at all. (Harrison, 1900: 99)¹

1/ «Ningún mito nos es más familiar que el de Pandora, pero quizá ninguno ha sido tan mal comprendido. Pandora es la primera mujer, la maldad hermosa; abre la caja prohibida de la que surgen todos los males de que la carne es depositaria. Solo queda la esperanza. La caja de Pandora es proverbial, y esto es lo más significativo desde el momento en que jamás tuvo caja alguna». (Harrison, 1900: 99)

Pandora, la primera mujer creada por los dioses griegos, la culpable de la liberación de todos los males, aquella que desquebraja la tranquilidad y el sosiego de los hombres, en realidad, nunca tuvo ninguna caja entre sus manos, no al menos desde el momento en el que Zeus decidió enviarla a la tierra para castigar a los seres humanos tras el hurto de Prometeo. Y esto, en efecto, es lo que cuenta Hesíodo en su obra *Los trabajos y los días*. Si nos remontamos al origen clásico y griego del mito, encontramos la referencia a la creación de Pandora tras el robo del Titán amigo de los mortales:

Y es que los dioses mantienen oculto para los hombres el modelo de vida, pues de otra manera fácilmente trabajarían en un día de manera que tuvieras para un año aún estando inactivo. [...] Pero Zeus, irritado en su corazón, lo ocultó porque el astuto Prometeo le hizo objeto de burlas. Por ello maquinó penosos males para los hombres y ocultó el fuego. A su vez [Prometeo] [...], en hueca férula, lo robó para los hombres al prudente Zeus, pasándole inadvertido [a este] [...]. El padre de los dioses y hombres [...] ordenó al ilustre Hefesto mezclar lo más pronto posible la tierra con el agua, infundir voz y fuerza humana y asemejar en su rostro a las diosas inmortales, a una hermosa y encantadora figura de doncella. Luego dio órdenes a Atenea, [...] a Afrodita [...] y a Hermes [para crear] un ser semejante a una ilustre doncella. [...] Llamó a esta mujer Pandora, porque todos los que habitan en las moradas olímpicas le dieron un don, sufrimiento para los hombres, comedores de pan. (Hesíodo, 2000: 76-78)

El nacimiento de Pandora se produce, pues, tras el enfrentamiento de Prometeo y de Zeus: aquel había engañado al padre de los dioses para beneficio de los hombres, razón por la que el rey del Olimpo decidió no volver a enviar el

fuego a aquellos y castigarles por el artificio del Titán. Sin embargo, tras el segundo ardid de Prometeo —situación que se refleja en el párrafo citado de *Los trabajos y los días*— Zeus decidió castigar no solo a los hombres sino también al ser mitológico.

Centrándonos en la primera condena, Zeus decidió crear a Pandora mediante una figura de arcilla a la que los dioses le entregarían múltiples dones: Afrodita le otorgó la gracia; Atenea el arte de tejer; las Cárites y Pito la engalanaron con joyas; las Horas hicieron lo propio con flores; y Hermes, por su parte, le inculcó el arte del engaño, de ahí que sea el propio autor el que la defina como el «bello mal» (Hesíodo, 2000: 54) en su obra *Teogonía*. Ahora bien, ¿y dónde queda la caja? Hasta aquí, no encontramos mención alguna a ese receptáculo que contenía todos los males y que Pandora destapó sembrando el mal en el mundo de los hombres: ¿en qué momento, pues, se habló de caja de los males? Si continuamos con la lectura de la primera obra a la que hemos hecho referencia, será el propio Hesíodo el que haga alusión a una «jarra» (Hesíodo, 2000: 79) colmada de todos los males de los hombres. No en vano, en ningún momento se alude a que se trate de un atributo de la propia Pandora, por lo que no podemos deducir que se trata de un elemento que se deba atribuir a la primera mujer del mundo griego.

Pandora fue ofrecida a los humanos como un regalo de los dioses, dádiva que, siguiendo los consejos de Prometeo, debía haber sido rechazado. Sin embargo, Epimeteo olvidó la advertencia de su hermano y aceptó a la mujer, quien posteriormente abriría la tinaja que contenía todos los males de los hombres pero, también, la esperanza:

Después de que terminó el arduo engaño, contra el que nada se puede hacer, el padre

envía hacia Epimeteo con el regalo al ilustre Argifonte, rápido mensajero de los dioses, y Epimeteo no recordó que Prometeo le había dicho que no aceptase jamás un regalo de parte de Zeus Olímpico, sino que lo devolviese al punto para que no llegase algún mal a los mortales. [...] Antes vivían sobre las tierras las tribus de los hombres sin males, sin arduo trabajo y sin dolorosas enfermedades que dieron destrucción a los hombres. [...] Pero la mujer, quitando con las manos la gran tapa de la jarra, los esparció y ocasionó penosas preocupaciones a los hombres. Sola allí permaneció la esperanza, en infrangible prisión bajo los bordes de la jarra, y no voló hacia la puerta, pues antes se cerró la tapa de la jarra. (Hesíodo, 2000: 76-78)

Si seguimos la versión de Hesíodo, la primera mujer griega es un ser culpable, malvado, mentiroso y bello, una «*femme fatale*» mitológica que vierte sobre el mundo el dolor, la infracción, los males y la enfermedad; en fin: el motivo principal del fin de la Edad de Oro de los hombres sobre la tierra. Sin embargo, y dejando de lado la versión del escritor griego, existen otros autores que han tratado el tema y que otorgan una versión distinta al respecto. Este es el caso de Babrio, poeta latino que le dedica una de sus *Fábulas*, sin mencionar directamente a Pandora:

«Zeus y la tinaja de las cosas buenas». Zeus reunió todas las cosas buenas en una tinaja, la tapó y la colocó entre los hombres. Pero el hombre, incontrolable, deseoso de saber qué había dentro, removió la tapa y dejó que se fuesen volando a casa de los dioses y huyesen de la tierra. Sólo quedó la esperanza retenida por la tapa. Por ello, a los hombres únicamente les queda la esperanza que nos promete darnos cada uno de los bienes que huyeron. (Esopo, 1978: 333)

Sin duda, hay dos realidades que resultan curiosas: en primer lugar, el elemento que es liberado, en este caso, las «cosas buenas» (Esopo, 1978:333); y, en segundo término, que sean los hombres, ávidos de curiosidad, los que abren el recipiente, no otorgándole esta acción a una mujer, como en el caso de Hesíodo. Encontramos, así pues, dos versiones distintas y distantes, pero con un mismo elemento nuclear: la famosa tinaja. En un caso, esta contiene «las cosas buenas»; en el otro, «los grandes males del mundo»; aquella es abierta por una mujer, por Pandora; esta es destapada por los hombres; en la versión de Babrio, solo queda la esperanza de volver a recuperar aquellos bienes ya perdidos; en la otra, solo queda la esperanza dentro de la jarra de *luchar* contra esas enfermedades y ese dolor, contra la pérdida y el horror liberado por la «*femme fatale*»:

Y otras infantas penalidades estaban revoloteando sobre los hombres, pues llena de males estaba la tierra y lleno el mar; las enfermedades, unas de días, otras de noche, a su capricho van y vienen llevando males para los mortales en silencio, pues el providente Zeus les quitó la voz; de esta manera ni siquiera es posible esquivar la voluntad de Zeus. (Hesíodo, 2000: 333)

Curiosa paradoja del *destino literario*: por un lado tenemos al hombre que libera la tinaja de las cosas buenas y por otro a la mujer enviada por los dioses a liberar el mal precisamente para los hombres. Mientras que es —y citamos textualmente— «el hombre incontrolable, deseoso de saber qué había dentro» (Esopo, 1978:333) el que abre la tinaja mítica —en otras palabras: la curiosidad—, será la venganza, el dolor y el mal el que haga lo propio en el caso de la mujer griega². Son dos las preguntas que, inevitablemente, debemos hacernos al respecto de todo lo planteado hasta este momento: 1) ¿de dónde viene el nombre de «la caja de Pandora»

si en el origen mítico en ningún caso se hace referencia a esta realidad? 2) Y en segundo término: ¿quién no nos dice que fue exactamente el mismo sentimiento que guió a aquellos hombres *babrianos* a abrir la jarra el que hizo que Pandora destapara la tinaja?

En lo que se refiere a la primera incógnita, debemos aludir al erudito y humanista renacentista Lilio Gregorio Giraldi, quien comenta en su obra *De deis gentium* (1565) la historia de Pandora haciendo referencia a esta mítica y famosa caja y aludiendo, todo sea dicho, a Erasmo de Rotterdam como el responsable de este cambio de vocablo tan significativo a nivel mitológico-histórico-literario:

Este erudito y habitualmente fidedigno autor cuenta que Júpiter, lleno de resentimiento, había enviado a Pandora «con una caja de la mayor belleza pero ocultaba toda clase de calamidades» (*cum pixide pulcherrima illa quidem, sed intus omne calamitatis fenus abscondente*) a Prometeo. [...] [No en vano], la persona responsable de la «caja de Pandora» [...] no es otro que Erasmo de Rotterdam, y el púlpito desde el que predicó su herejía fue su *Adagiorum chiliades tres* [...] [en donde la] historia de Pandora y el *pithos* no se da una, sino dos veces, y en ambos casos el *pithos* es transformado en un *pyxis* cuya aparición en la tierra es atribuida a Pandora. (Panofsky, 1975: 28)

Fue el humanista neerlandés el que cambió el curso de la historia —valga la dilogía— para siempre, transformando una jarra o tinaja griega en una caja mitológica³:

Júpiter, irritado con Prometeo por el fuego que este había hurtado al cielo y entregado a los morales y deseando vengarse con alguna artimaña similar, ordenó a Vulcano formar con arcilla, con la mayor habilidad de que fuera capaz, la figura de una doncella. He-

cho esto, pidió a todos los dioses que cada uno otorgase un don a esta figura; entonces, parece ser, se la llamó Pandora. La doncella, así dotada de todos los dones de la belleza, la elegancia, la inteligencia y la elocuencia, fue enviada a Prometeo con una caja también de la mayor belleza pero que contenía calamidades de toda índole. Este, rechazando el regalo, aconsejó a su hermano no aceptar ningún regalo enviado en su ausencia. Pandora regresó y, convenciendo a Epimeteo, le ofreció la caja. Apenas él —o ella— la abrió, y una vez liberados los males, comprendió que los regalos de Júpiter no eran tales y se hizo juicioso, aunque demasiado tarde. (Panofsky, 1975: 29)

2/ Es importante tener en cuenta, tal y como señalan las investigadoras Panofsky, que en «los clásicos latinos, la evidencia es sorprendentemente escasa: Pandora —y quizá sea esta una de las razones por las cuales los italianos nunca estuvieron familiarizados con ella— no aparece ni en Ovidio, Virgilio, Horacio, Lucano, Cicerón, Séneca, Martiano Capella o Macrobio. De hecho, su nombre solo lo mencionan escritores romanos, de los que solo uno alude, oscura y brevemente, al incidente del *pithos*». (Panofsky, 1975: 21)

3/ Presentamos la traducción de la obra de Erasmo citada por Panofsky sobre la historia de Pandora.

La errónea traducción de Erasmo de *pithos* a *pyxis* cambió el mito de Pandora, otorgándole para la posteridad un elemento que nunca tuvo en el origen griego. Ahora bien, Erasmo, además, postula la posibilidad desde un punto de vista gramatical de que sea Epimeteo y no Pandora quien abra la caja; y, por si esto fuera poco, existen representaciones artísticas que defienden esta realidad⁴. ¿Cómo es posible que Erasmo de Rotterdam, conocedor de ambas lenguas, cometiera tal error de traducción? Todo ello se explica, probablemente, por la cercanía del mito de Pandora al de Psique, quien también tuvo que transportar una *pyxis* al Hades⁵. No en vano, no pretendemos ahora abordar esta cuestión que, por otra parte, ya ha sido estudiada de forma certera en la obra a la

que nos hemos referido.

Sin embargo, de las dos cuestiones que nos planteábamos en las páginas anteriores, todavía queda por responder a la segunda: una vez aceptada la intromisión de traducción de Erasmo, ¿pudo Pandora haber abierto esa famosa caja no como un acto de maldad en contra de los hombres sino que, como estos, fue guiada por la curiosidad y, por qué no, por el ansia de libertad? ¿Debe ser vista, pues, como el origen del mal de los hombres o, precisamente, como el primer acto de libertad del ser humano? ¿Es Pandora un alma pionera de la maldad humana o precisamente todo lo contrario?

Es inevitable, en este momento, hacer referencia a la evidente relación existente entre la tradición judeo-cristiana con respecto a la historia mítica griega: Eva y Pandora son, sin duda, dos figuras que se relacionan entre sí. Aceptando, como hemos dicho, la intromisión de Erasmo en el trascurso de la historia y dando por cierto que Pandora albergaba una caja entre sus manos que llevó al mundo de los seres humanos y que abrió para liberar todos los males —en efecto, sabemos que la narración no es esta pese a que es la que ha llegado a nuestros días—, está claro que Eva se relaciona con Pandora, al menos, en dos aspectos fundamentales: el primero de ellos, en que ambas son mujeres que han sido creadas por dioses para el hombre; en el caso de Eva, su origen se encuentra en la costilla de Adán; en el caso de Pandora, su creación se hace a partir del barro moldeado por Hefesto.

4/ Sobre este tema se puede consultar la obra de Panofsky, concretamente la página 29 y ss.

5/ Ídem.

Pero, a este respecto, hay que sumar un segundo hecho que, sin duda, es el eje central de toda nuestra argumentación: Pandora y Eva, en

tanto que las primeras mujeres de dos tradiciones completamente *distintas*, son las pioneras del mal del hombre, bien por haber tomado del Árbol del Paraíso la fruta prohibida y ofrecérsela al hombre o bien por abrir la tinaja, jarra o caja que contenía todos los males. Ahora bien, ¿hay algo en el texto bíblico o en el texto pagano que nos permita afirmar que fueron Eva y Pandora realmente las pioneras de esta realidad o, por el contrario, podemos desmontar estas realidades y enfocarlas desde otra perspectiva? Centrándonos en la figura que nos ha acompañado durante toda nuestra argumentación, son fundamentales las palabras del autor surrealista español Eugenio Fernández Granell, quien en su obra *Isla. Cofre Mítico* (1996), entre todas las divagaciones que hace—una geografía del Surrealismo, de la imaginación, de André Bretón y del libro— describe un enclave habitado por una «mujer niña» en la que residen todos los males que fueron encarcelados por Dios en el momento en el que el mundo fue creado:

La mujer niña habita en una isla afortunada. Cuenta Gracián que, según los antiguos, «cuando Dios crio al hombre, encarceló todos los males en una profunda cueva acullá lejos y aún quiere decir que en una de las islas afortunadas...» La isla fue cerrada con «puerta de diamante con sus candados de acero». La llave le fue entregada al hombre libre, advertido de que si no abría la isla estaría a salvo de sus enemigos. Los bienes, mientras tanto, deambulaban a sus anchas por el mundo. Era el ser humano felicísimo. Pero la mujer, «llevada de su curiosa ligereza», según argumenta Gracián, le tomó un día al hombre el corazón... así como la llave. Y abrió la isla. La cárcel del mal se vació. El juego de la llave en la operación «estremeció el universo». El mal se apoderó «a porfía de toda la redondez de la tierra». [...] La mujer animada por su inquietud imaginó y puso en práctica la gran audacia. En la tierra un lugar al menos era cárcel y al menos allí el bien era

extraño. Hasta ese solo, último lugar, debía liberarse. Es lo que hizo la mujer, actuando como Alicia, al conjuro de la imaginación. A partir de ese instante comienza ciertamente la amplia hazaña de la libertad a pleno día. (Granell, 1996: 59-60).

Pandora, sin ser mencionada, habita esta isla que ha sido liberada por la curiosidad de esa joven muchacha que, como Alicia, decidió poner en práctica la gran audacia de la imaginación y la inquietud: ¿y si Granell tiene razón? ¿Y si en realidad fue la curiosidad y no el odio o la venganza la que condujo a Pandora a abrir la famosa caja que contenía todos los horrores del mundo? Y, por qué no: ¿y si en realidad lo que hizo la primera mujer griega no fue cerner sobre la tierra la enfermedad y el miedo sino, al contrario, otorgar la libertad al hombre? Aprovechemos la analogía hecha por el pintor vanguardista para intentar dar formas a estas preguntas:

Alice was beginning to get very tired of sitting by her sister on the bank, and of having nothing to do: once or twice she had peeped into the book her sister was reading, but it had no pictures or conversations in it, 'and what is the use of a book', thought Alice 'without pictures or conversation?' So she was considering in her own mind (as well as she could, for the hot day made her feel very sleepy and stupid), whether the pleasure of making a daisy-chain would be worth the trouble of getting up and picking the daisies, when suddenly a White Rabbit with pink eyes ran close by her⁶. (Carroll, 1939: 15)

Dejando de lado el estado *somnoliento* y de cierta inconsciencia de Alicia —realidad que se confirmará al final de la novela cuando Carroll narre el despertar de la protagonista— lo que es evidente es que, al entrar en *Wonderland*, Alicia se acerca al signo mítico de Pandora. Y

es que, en efecto, es la curiosidad la que lleva a la exploradora del País de las Maravillas a seguir al Conejo Blanco, razón esta última por la que termina introduciéndose por la madriguera y aparece en un mundo en donde la (supuesta) lógica desaparece. Y es allí precisamente donde Alicia dará cuenta de su carácter bravo, voluntario, inquieto, curioso y empoderado:

It was all very well to say 'Drink me', but the wise little Alice was not going to do that in a hurry. 'No, I'll look first,' she said, 'and see whether it's marked poison or not'; for she had read several nice little histories about children who had got burnt, and eaten up by wild beasts and other unpleasant things, all because they would not remember the simple rules their friends had taught them. [...] However, this bottle was NOT marked 'poison', so Alice ventured to taste it⁷. (Carroll, 1939: 19-21)

Pero Alicia no solo se dejará guiar por su inquietud en una ocasión, sino que, de nuevo, decidirá probar un pastelillo siguiendo la curiosidad que la caracteriza:

Soon her eye fell on a little glass box that was lying under the table: she opened it, and found in it a very small cake, on which the words 'EAT ME' were beautifully marked in currants. 'Well, I'll eat it,' said Alice, 'and if it makes me grow larger, I can reach the key; and if it makes me grow smaller, I can creep under the door; so either way I'll get into the garden, and I don't care which happens!' She ate a little bit, and said anxiously to herself, 'Which way? Which way?', holding her hand on the top of her head to feel which way it was growing, and she was quite surprised to find that she remained the same size: to be sure, this generally happens when one eats cake, but Alice had got so much into the way of expecting nothing but out-of-the-way things to happen, that it seemed quite dull

and stupid for life to go on in the common way. So she set to work, and very soon finished off the cake⁸. (Carroll, 1939: 21-22)

6/ Alicia empezaba ya a cansarse de estar sentada con su hermana a la orilla del río, sin tener nada que hacer: había echado un par de ojeadas al libro que su hermana estaba leyendo, pero no tenía dibujos ni diálogos. «¿Y de qué sirve un libro sin dibujos ni diálogos?», se preguntaba Alicia. Así pues, estaba pensando (y pensar le costaba cierto esfuerzo, porque el calor del día la había dejado soñolienta y atontada) si el placer de tejer una guirnalda de margaritas la compensaría del trabajo de levantarse y coger las margaritas, cuando de pronto saltó cerca de ella un conejo blanco de ojos rosados. (Carroll, 2016a: 109)

7/ Estaba muy bien eso de «BÉBEME», pero Alicia era demasiado lista para dejarse embaucar tan fácilmente:

«Antes [...] es preciso ver si hay alguna contradicción, algún otro letrero que diga veneno». Porque Alicia había leído cuentos en que los niños se quemaban o los devoraban las bestias salvajes, y todo por no hacer caso de los consejos de sus amigos. [...] Sin embargo, no encontró ninguna indicación que dijera «veneno», así es que hizo de tripas corazón y se lo llevó a la boca para probarlo. (Carroll, 2016a 113-114) common way. So she set to work, and very soon finished off the cake. (Carroll, 1939: 21-22)

8/ Al poco rato, sus ojos descubrieron una cajita de cristal que se hallaba debajo de la mesa. La abrió y vio que dentro había un diminuto pastel, y sobre el pastel, escrito con ricas pasas, se leía la palabra «CÓMEME». --Bueno, pues me lo comeré --dijo Alicia--, y así, si crezco, podré alcanzar la llave, y si menguo, seré tan pequeña que podré pasar por debajo de la puerta para llegar al jardín. Así es que ¡no pierdo nada con comerlo! Mordisqueó el pastelillo y se preguntó con ansiedad: --¿Hacia dónde voy, hacia arriba o hacia abajo? Mientras hablaba, se había colocado una mano en la cabeza para poder comprobar si crecía o menguaba. Se quedó muy extrañada al ver que no cambiaba. Y, realmente, aquello no tenía nada de extraño, porque es lo que suele ocurrir cuando uno se toma un pastel. Pero Alicia se había acostumbrado de tal modo a que le ocurrieran cosas extraordinarias, que le pareció una tontería que la vida siguiera siendo normal. Le hincó el diente y en poco tiempo dio buena cuenta del pastelillo. (Carroll, 2016: 115).

Sin alejarnos demasiado de la realidad que estamos aquí tratando, es evidente que Alicia, tal y como señala Granell, se deja llevar por su curiosidad en *busca del Mundo de las Maravillas*; por tanto, y en este sentido, podríamos afirmar que Pandora, al igual que hizo la creación literaria del autor inglés, pudo sentirse tentada por la necesidad de saciar su curiosidad —al igual

que los hombres de la fábula *babriana*— de saber qué había dentro de esa mítica caja. Más aún, ¿quién no dice que pese a que la historia haya sentenciado que Pandora vertió sobre la tierra todos los males que se escondían en la famosa tinaja en realidad consiguiera liberar al hombre? Si Erasmo de Rotterdam leyó mal la versión de Hesíodo, ¿quién no nos dice que este no hizo lo propio con la creación de Hefesto? Y en este sentido, es bastante interesante la (re)lectura que hace Miguel de Unamuno del mito de Pandora en su poemario *Rosario de sonetos líricos* (1911). En el poema CII «La tinaja de Pandora» el bilbaíno escribe lo siguiente:

No aun al mundo la segunda autora
vierte en rosas envuelto su rocío
y nuestra madre ya, pobre Pandora,
pagando su hambre de saber, vacío
ve en sus manos el vaso que atesora
de la vida el secreto, y de él el río
de los males brotar. Y mientras llora
la ceguera fatal de su albedrío
y el loco anhelo de su pecho inquieto,
de su ciencia fatal como escurraja
la esperanza le queda, del secreto
consuelo triste que al mortal trabaja
engaño avivador, y es lo concreto
del vacío que guarda la tinaja.
(Unamuno, 1911: 216)

En el soneto anterior vemos cómo Unamuno dibuja a Pandora como la mujer que abrió la tinaja de los horrores debido a su «hambre de saber» (v. 4) y, al mismo tiempo añade, unos versos más adelante, que todo se debió al «loco anhelo de su pecho inquieto» (v. 9). Entonces, ¿por qué «llora / la ceguera fatal de su albedrío» (v. 7-8) Pandora? Por haber vertido todos los males al mundo, siguiendo a Unamuno, de forma inconsciente. Si nos fijamos en la tesis de José Ramón del Canto Nieto,

«Pandora resultó un mal para los hombres porque destapó una tinaja que contenía los males, aunque no se nos dice por qué lo hizo; [...] la explicación tradicional [...], no exenta de tintes misóginos, suele referirse a la *curiosidad* de la mujer [para explicar esta realidad]». (Canto Nieto, 2009: 20)

No podemos estar más de acuerdo y, al mismo tiempo, en contra de la afirmación del crítico, porque si bien es verdad que en este caso se defiende del carácter curioso de Pandora que estamos intentando defender en estas páginas, no menos cierto es que se alude a este como algo negativo, cuando en realidad debe ser visto como una virtud. Y es que, precisamente, es el propio Unamuno el que en su obra *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (1912) defiende esta realidad:

La curiosidad, el llamado deseo innato de conocer, solo se despierta y obra luego que está satisfecha la necesidad de conocer para vivir. (Unamuno, 1976: 43)

Y, sin embargo, hay algo que se puede llamar amor intelectual y que es el amor de entender, la vida misma contemplativa de Aristóteles, porque el comprender es algo activo y amoroso, y la visión beatífica es la visión de la verdad total. ¿No hay acaso en el fondo de toda pasión la curiosidad? ¿No cayeron, según el relato bíblico, nuestros primeros padres por el ansia de probar el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, y ser como dioses, conocedores de esa ciencia? La visión de Dios, es decir, del Universo mismo en su alma, en su íntima esencia, ¿no apagaría todo nuestro anhelo? Y esta perspectiva solo no puede satisfacer a los hombres groseros que no penetran el que el mayor goce de un hombre es ser más hombre, eso es, más dios, y que es más dios cuenta más ciencia tiene. (Unamuno, 1976: 203)

Pandora es un ser curioso que siente la necesidad de conocer, de saber qué se esconde

detrás de la tinaja que tiene ante sí. Y es por eso por lo que decide abrirla, siguiendo un sentimiento tan humano como lógico: la curiosidad o, en palabras de Unamuno, «la necesidad de conocer para vivir». (Unamuno, 1976: 43). Hablamos del mismo sentimiento que hizo que Alicia se atreviera a cruzar la madriguera o el espejo, ávida de saber qué había en *Wonderland*; estamos hablando del mismo sentimiento que hizo que los hombres abrieran la tinaja en la fábula de *Babrio*; nos referimos a lo que llevó a Eva a tomar del árbol prohibido la manzana; o, a lo que ha hecho que tantos y tantos personajes literarios tomaran el rumbo de su *fatum* de tinta: desde Hamlet en busca de su venganza, pasando por Santiago Nasar hasta llegar, incluso, al famoso Lázaro de Tormes. Hablamos de la curiosidad; hablamos del deseo de saber; hablamos, en fin, del deseo de conocer.

De todo lo que hemos dicho, pues, se puede deducir lo siguiente: en primer lugar, y si tomamos como referente el relato de Hesíodo, es evidente que Erasmo de Rotterdam lleva a cabo una reescritura del texto primigenio, por lo que encontramos en el Renacimiento, la *recreación* de un relato mítico y distinto al que ha llegado a nuestros días; así pues, y tomando como punto de partida —o de llegada— la intromisión de la traducción del autor neerlandés, podemos determinar que Pandora es definida como la primera mujer mítica que cierra sobre el mundo todos los males que asolan a los hombres⁹. Pero es que, en efecto, lo que hace Erasmo de Rotterdam es exactamente lo mismo que, con posterioridad, harán autores como Calderón en su obra *La estatua de Prometeo* (1715), Voltaire en su ópera *Pandora* (1740) o Goethe en su *Pandorens Wiederkunft* (1807): reescribir una historia.

Por tanto, y en base a esto, ¿no es la (re)reescritura hecha por Unamuno (1911) o por Granell (1996) tan válida y fidedigna como la de Erasmo de Rotterdam, Calderón, Voltaire, Goethe o, incluso, la del propio Hesíodo? Frente a la

visión misógina, retrógrada y machista según la cual Pandora cierne sobre los hombres los males de su caja—versión que, por cierto, es la que pervive todavía hoy— en realidad Unamuno y Granell defienden que estamos ante un ser curioso que, como muchos otros personajes literarios masculinos —y defendidos como tales— siguen su instinto e intentan descubrir qué hay en el destino escrito por su cálamo.

9/ Nos centramos aquí en el mito tal cual ha llegado a nuestros días, pese a que somos conscientes de que en la obra de Erasmo es posible que sea Epimeteo y no Pandora el que abre la caja y cierne sobre el mundo los males del hombre; y, es más, hay distintas representaciones plásticas que así lo aseveran como la obra de *Giulio Bonasone Epimetheus opening Pandora's box* (1531-76).

Bibliografía

CANTO NIETO, José Ramón del (2009): «El mito de Pandora en la poesía y en la filosofía de Miguel de Unamuno», en *Cuaderno de la Cátedra Miguel de Unamuno*, nº. 47, 2, págs. 13-29.

CARROLL, Lewis (1939): *Alice's adventures in Wonderland*, London: The Nonesuch Press.

_____ (2016): *Alicia en el País de las Maravillas · A través del espejo*, Madrid: Cátedra.

ESOPO (1078): *Fábulas de Esopo · Vida de Esopo · Fábulas de Babrio*, Madrid: Gredos.

GRANELL, Eugenio Fernández (1996): *Isla. Cofre mítico*, Huelva: Diputación Provincial de Huelva.

HARRISON, Jane (1900): «Pandora's Box», *Journal of Hellenic Studies*, XX, págs. 99-114.

HESÍODO (2000): *Teogonía · Trabajos y días · Escudo · Certamen*, Madrid: Alianza Editorial.

PANOFSKY, Erwin y PANOFSKY, Dora (1975): *La caja de Pandora. Aspectos cambiantes de un símbolo mítico*, Barcelona: Barral Editores.

UNAMUNO, Miguel de (1911): *Rosario de sonetos líricos*, Madrid, Imprenta Española.

_____ (1976): *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, Madrid: Espasa-Calpe.